

Completamente encuerado, el sistema federal de espionaje, que no de inteligencia, ya hasta informa sobre sus actividades mediante boletines.

■ **Propone cirugía mayor**

Meyer: toda la clase política, desprestigiada



JOSE NUNEZ

El investigador de El Colegio de México

JUAN MANUEL VENEGAS Y JOSE GALAN

PÁG 18

HOY



ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	22
JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	25
LAURA ALICIA GARZA GALINDO	30
GUILLERMO ALMEYRA	30
GUSTAVO IRUEGAS	31
ANTONIO GERSHENSON	31
NINA JRUSHCHEVA	32
IGNACIO GARCÍA	32
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	35

OPINIÓN

MAR DE HISTORIAS

Víctimas del terror

■ CRISTINA PACHECO

La puerta de la oficina de contrataciones sigue cerrada. En la fila de solicitantes se escuchan protestas. El hombre que antecede a Herminio Cortés da un paso a la izquierda y se dirige a la edecán:

—Señorita, ¿pasa algo? —Le muestra su reloj: —Se supone que las entrevistas no deben durar más de quince minutos.

La edecán, azorada, consulta el instructivo:

—De hecho ese punto no está especificado, señor.

—Pues debería —protesta el hombre que, como todos los solicitantes, lleva prendido a la chamarra un gafete de identificación: Ramiro Peña—. Estoy aquí desde las nueve de la mañana. Va a dar la una.

Su gesto de contrariedad se borra al ver que del módulo de contacto humano sale un hombre corpulento, enfundado en un traje muy estrecho para sus proporciones. Se oye una voz anónima: “El difunto era más flaco”. Sin conceder importancia a la broma, Ramiro Peña se precipita:

—¿Ya puedo entrar? —No espera la respuesta.

La edecán levanta los hombros y se dirige a Herminio:

—¿Todo en orden?

Cohibido por la juventud y belleza de la muchacha, Herminio inclina la cabeza y finge revisar los papeles ordenados dentro del fólter de plástico que le prestó su nieto. La edecán se aleja repitiendo la misma pregunta ante la fila de solicitantes.

Sin la joven cerca, Herminio se tranquiliza. Siente un golpecito en el hombro. Se vuelve y descubre a una mujer pequeña, con el cabello ralo teñido de rubio y las mejillas encendidas de color:

—¿Se podrá fumar aquí?

—No hay ningún letrero que lo prohíba —contesta Herminio Cortés mirando a su alrededor.

La mujer saca de su bolsa de plástico blanco una cajetilla de cigarros, pero enseguida la guarda:

—Mejor me aganto. Podría dar mala impresión—. Ríe y deja al descubierto los dientes falsos. Toma de la manga a Herminio y lo obliga a inclinarse: —Si no consigo el trabajo, de todos modos ya salí ganando: mi ahijada me regaló mi dentadura. Ella nunca había querido comprármela, pero cuando le dije que vendría a buscar trabajo, no sé de dónde sacó el dinero, me la compró.

Herminio teme que su vecina sea una

conversadora compulsiva y le da la espalda. Necesita concentrarse y recordar lo que le preguntarán: edad, profesión, años de experiencia, fecha en que fue contratado por última vez. *Primero de julio de 1986*. Lo recuerda bien porque fue el año en que nació su nieto. Le heredó su buena estatura y su nombre, pero el muchacho prefiere que lo llamen Hermann. “Se oye menos naco que Herminio”. El recuerdo de esa explicación lo hace reír. Ve que la edecán lo observa y para rehuirla se vuelve a su vecina. Antes de hablarle lee el gafete prendido a la blusa floreada:

—¿Usted, doña Graciela, tiene nietos?

—No tuve hijos, no me casé—. Suspira: —Mis papacitos no me dieron permiso. De sus once hijos fui la única mujer y me tocó quedarme con ellos para cuidarlos. Ni a la escuela me dejaron ir.

—¿No trae ningún certificado?

—No, pero no le hace. Ya he ido a otras ferias del empleo y a personas como yo no les piden más que ganas de trabajar. Y eso me sobra, a pesar de que ya tengo mis añitos—. La cara de Graciela se contrae y las marcas en su piel, bajo el grueso y torpe maquillaje, se acentúan: —¿Cuántos me echa?

Herminio siente verdadera simpatía

EPISTOLA DEL CRONOPIO



LA JORNADA

Cautivado por los relatos de Juan José Arreola, Julio Cortázar le remite una carta en 1954, hasta ayer inédita, en la que el escritor argentino expone sus conceptos sobre el cuento y los hilos de ese género con la poesía y la novela. El texto fue proporcionado a *La Jornada* por la revista *Universidad de México*, cuyo número dedicado al autor de *Rayuela* será presentado

hacia su vecina:

—Pues no sé...

Graciela vuelve a tomarlo del saco para obligarlo a que se incline y escuche su murmullo:

—Un montón y no me da pena. Los que estamos aquí somos betabeles. Se nos nota, aunque hoy todos nos vemos bien chulitos gracias a que aquí también nos dieron nuestra hojalateada—. Graciela se esponja el cabello con los dedos: —Llevaba tres años sin dinero para pintarme el cabello. Cuando supe que en esta feria se lo teñían a uno gratis, más ganas me dieron de venir.

—Y en otras ferias, ¿consiguió trabajo?

—De barrer y trepear nomás—. Graciela aprieta los labios, como si temiera perder la dentadura. —Y me doy de santos: vieja y sin estudios...

—Ingeniero Herminio Cortés. Su turno.

Al escuchar el llamado de la edecán, Herminio se estremece:

—Presente—. Al pasar junto a la empleada no puede reprimir un gesto de vanidad: —Aquí llevo mis títulos y algunos reconocimientos que me han dado. Tengo copias de todo. ¿Se las dejo?

La edecán le sonríe condescendiente, lo invita a pasar y le abre la puerta de la oficina. Integran el mobiliario dos sillas, un filtro de agua, un ventilador portátil y un escritorio amparado por el lema “La esperanza garantiza el futuro”.

II

Veinte minutos después, al salir de la oficina, Herminio tropieza con Graciela, le devuelve la sonrisa y huye hacia las escaleras. Baja de prisa, sintiendo las miradas curiosas de los solicitantes. Uno le sale al paso: “¿Hacen preguntas difíciles?” Sin responder, Herminio sigue de largo, irritado por la mala impresión que le causó su entrevistador. Para odiarlo con nombre y apellido quisiera recordar el letrero sobre el escritorio, pero no lo consigue y acelera el paso.

En la calle, Herminio es asaltado por los vendedores de bolígrafos, frituras y refrescos. Los comerciantes serán por lo menos de su edad. Los envidia porque, al menos durante los tres días que durará la feria del empleo, tendrán clientela segura.

Al dar vuelta en la avenida Central, Herminio ve una caseta telefónica. Prometió llamar a su hija. Ahora celebra que Benigna le haya hecho una advertencia: “No vayas a platicarme todo lo que te sucedió. Nada más me dices cómo te fue y cuelgas, porque no”